

ni María puede manifestárenos más chiquita para exigir de nosotros los honores de Reina; por eso es suavísima gradación la que se establece en el alma de los hombres entre María Reina al nacer y Jesús Sacramentado, a lo menos siempre serán Jesús y María así considerados los dos seres de mayor grandeza manifiestos del modo más pequeño imaginable a la humana sabiduría.

Téngase en cuenta, y así se excluye todo otro término racional, que no podremos encontrar otros ejemplares, que puedan hacer de algún modo el mismo efecto que María Recién nacida en relación con el Santísimo Sacramento; pues, aunque halla habido santos que nacieron santificados son tan inferiores, por lo que afecta al concepto de realeza, a la Inmaculada, que la comparación supondría grande injuria para María; de tales santos, por otra parte, no puede decirse que nacen reyes, y nosotros tratamos de la relación entre el Rey divino y la Reina Celestial, relación que ha de traer a los hombres el Reinado de Cristo mediante el de María.

Mas como pudiera juzgar alguno esta pequeñez signo evidente por cualquiera concepto físico, intelectual o moral de mengua para nuestro Divinos Reyes, conviène tener en cuenta que por parte de Jesús esta pequeñez supone gran acrecentamiento de la sabiduría y poder de Dios y de Cristo, y que por parte de María es tanto más admirable su realeza, por ser concebida en gracia, cuanto menos capaz es, al aparecer el sujeto en que se sustenta tanta realeza, según tendremos ocasión de ver cuando se estudie ésta relación bajo tales respectos. Ni por lo que mira a los altísimos fines que han de llevar a efecto Jesús Sacramentado y María Inmaculada. Esta verdad que nos importa dejar terminada hoy de un modo indubitable nos la demuestra S. Tomás en su opúsculo *de Venerabile Sacramento Altaris*, con la sencillez, profundidad y claridad que le son características con estas palabras: «El fin del Sacramento es alimentar al alma espiritualmente y confortarla en contra del mal y para hacer todo bien. La causa efeciente de este fin es el Cuerpo de Cristo, y éste puede estar tan plenamente en una partícula de pan como en una hostia, porque tanto a la pequeña como a la especie grande de pan está igualmente unida Dios, del cual nace toda virtud en el Sacra-